

Josep Lluís Barona es catedrático de Historia de la Medicina de la Universitat de València.

Edificio *Rialto*, entre Plaza del Ayuntamiento y calle Moratín. Arquitecto: Cayetano Borso

Esplendor de la ciudad en crisis. Valencia, capital cultural de la Segunda República (noviembre 1936 – octubre 1937)

Josep L. Barona

Del golpe militar a la capitalidad

Debido a la difícil situación que atravesaba Madrid, en noviembre de 1936, el gobierno republicano tomó la decisión de trasladarse a Valencia. Desde el golpe militar de julio, la vida en la ciudad de Valencia apenas había experimentado cambios destacables durante los meses de verano y el comienzo del otoño de 1936. Sólo las algaradas callejeras y algunos actos específicos de cólera popular contra los símbolos de los sublevados habían generado una sensación de inseguridad y desorden. Aunque la ambigüedad del general Martínez Monje, jefe militar de la zona, al abstenerse de hacer pública su adhesión al gobierno republicano engendró inicialmente recelos en los cuarteles y las calles, la huelga general y las movilizaciones sindicales ahogaron cualquier conato de rebelión militar. En esas circunstancias, el Comité Ejecutivo Popular (CEP), impulsado por el Frente Popular y los sindicatos UGT y CNT-FAI, tomó la iniciativa de gestionar la excepcional situación, ante la pasividad e inoperancia de las autoridades locales. El desconcierto había caracterizado las primeras semanas posteriores al golpe, debido a la ambigüedad de los militares, aunque precisamente esa situación evitó el enfrentamiento entre los partidarios de la insurgencia y los leales al gobierno de la República. Fueron momentos de desconcierto y desorden, de requisas arbitrarias y detenciones irregulares, de quema de iglesias y robos indiscriminados, y de asesinatos incontrolados, sin que las autoridades, desbordadas, pudiesen imponer el orden de la legalidad.

Ante la situación de inseguridad ciudadana, el alcalde Cano Coloma consiguió trasladar los tesoros de la Catedral al Ayuntamiento para protegerlos del pillaje, y el rector de la Universidad, el médico José Puche, se vio obligado a intervenir, con la ayuda de profesores y estudiantes de la FUE, frente al intento de expolio del Colegio del Patriarca. La población, ya antes fragmentada, exacerbó aquel verano las diferencias ideológicas y sociales, haciendo gala de un extremismo que iba más allá de la ley y el orden. Quienes se sentían amenazados por la crispación social abandonaron la ciudad, se refugiaron donde pudieran sentirse protegidos o simplemente se encerraron en sus domicilios en espera de tiempos mejores. La incertidumbre hizo que dejaran de publicarse momentáneamente los periódicos y



durante la segunda quincena de julio de 1936 la ciudad vio crecer las tensiones internas como una olla a presión a punto de estallar. Hasta que entre finales de julio y principios de agosto se aclaró cualquier duda sobre el triunfo en Valencia de la legalidad republicana tras los asaltos de militares, carabineros, guardias civiles, guardias de asalto y milicianos del CEP—todos ellos leales a la República— a los cuarteles de Paterna y la Alameda. Abortado así cualquier resquicio de insurgencia en el ejército, en agosto de 1936 la ciudad entró en una situación de tensa calma. Se fue imponiendo una normalidad poco real, debido a la situación extraordinaria, en la que convivían el orden cotidiano, la revolución social y la guerra civil. A partir de entonces, ya nada volvería a ser como antes y hasta el desenlace de la guerra, la ciudad se vio sometida a circunstancias excepcionales que afloraron el esplendor urbano y la miseria de la guerra, en una sociedad sometida a las más duras tensiones.

Esparcimiento, supervivencia y revolución

Los temores que sucedieron al golpe militar de julio dieron paso a la euforia ciudadana. Las calles fueron tomadas por milicianos, obreros y sindicalistas, y los cafés tradicionales de la burguesía bien vestida se llenaron de proletarios de todas las indumentarias y colores. Carteles, pintadas, edificios y transportes colectivizados y coches incautados dieron a la ciudad el aire de una revolución popular que desataba la euforia de los presuntos vencedores. Otros sufrían las consecuencias del entusiasmo desordenado y del pillaje: detenciones y asesinatos indiscriminados, que sucedieron al margen del nuevo poder revolucionario, a todas luces incapaz de contener la ira antifascista, los saqueos, el oportunismo y la violencia arbitraria.

Antes de julio de 1936 existían en la ciudad seis periódicos de información general: *Las Provincias*, de tinte conservador; *El Mercantil Valenciano*, cercano a Izquierda Republicana; *La Correspondencia de Valencia*, diario vespertino «consagrado a la defensa de los intereses económicos valencianos»; *La Voz Valenciana*, monárquico, muy conservador y portavoz de Renovación Española; *Diario de Valencia*, demócrata-cristiano, órgano de la Derecha Regional Valenciana y *El Pueblo*, vinculado a los blasquistas del PURA, diario marcadamente republicano y anticlerical.

A pesar del desconcierto que generó el golpe militar, a comienzos de agosto ya se había reanudado la publicación de los principales periódicos: *El Mercantil Valenciano*, *La Correspondencia de Valencia*, *El Pueblo* y *La Voz Valenciana*. Pero las nuevas circunstancias transformaron la orientación política de la prensa diaria. *La Correspondencia de Valencia* pasó a ser portavoz de la UGT, *El Pueblo* dejó de estar vinculado a *Unión Republicana* para estar controlado por el Partido Sindicalista. El *Diario de Valencia* dejó de publicarse y cedió en un primer momento su imprenta a *Verdad*, periódico que inicialmente publicaron conjuntamente socialistas y comunistas, y más tarde sólo los comunistas cuando el rotativo *Adelante* pasó a manos del Partido Socialista. En los talleres de *Las Provincias*, la CNT empezó a publicar *Fragua Social* a finales de agosto de 1936, al tiempo que aparecían nuevas cabeceras asociadas al movimiento revolucionario: *Nosotros*, anarquista, *La Hora*, de la Juventud Socialista Unificada y el comunista *Frente Rojo*. Poco a poco la ciudad fue escenario de una verdadera explosión de prensa y propaganda, exacerbada por las circunstancias bélicas y la pluralidad ideológica, y por el impulso del gobierno a través del Ministerio de Propaganda, los sindicatos y asociaciones cívicas y culturales como la Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura de Valencia (AIDCV).

En su trabajo sobre *Prensa i propaganda a València (1936-1939)* (Valencia, 1986), Albert Girona indica que en 1937 se llegaron a publicar en Valencia unos 10 periódicos, pero además hace referencia a más de un centenar de publicaciones periódicas de combate, cultura, humor, información o agitación política. La eclosión de nuevas publicaciones generó cabeceras de periódicos como *Nosotros*, portavoz de la FAI y de la Federación Regional de Grupos Anarquistas de Levante, que apareció el 1 de febrero de 1937 y sufrió sanciones del gobierno por su crítica radical a toda forma de poder y el ya mencionado *La Hora*, que servía de portavoz de las Juventudes Socialistas Unificadas de Valencia.

Además de los diarios, vio la luz un amplio abanico de publicaciones periódicas y revistas de toda índole. En marzo de 1937 reapareció la revista *Nueva Cultura*, órgano de la Alianza de Intelectuales (AIDCV). Asimismo aparecieron *El Buque Rojo* y *Hora de España*, como también *Madrid*, revista de la Casa de Cultura de Valencia amparada por el Ministerio de Instrucción Pública. Hubo una verdadera efervescencia de publicaciones libertarias, entre ellas *Estudios. Revista ecléctica*, donde escribían médicos como Félix Martí Ibáñez o Isaac Puente, y teóricos como Abad de Santillán o Gastón Leval, *Libre-Estudio*, *Helios*, *Ateneo Popular Valenciano*, *Nosotros*, y otras vinculadas a iniciativas culturales como *Cultura Popular*, *Armas y Letras* o *El Magisterio Valenciano*.

Se multiplicaron también las publicaciones de carácter político: *Boletín de Información de la CNT*, *Solidaridad*, *Boletín del POUM*, *Nuestra Bandera* del Comité Central de PCE y *Trabajadores*, del Partido Comunista. Otras tenían un carácter sindical o de clase, como *El Obrero de la Tierra*, *Vida*, *Fuerza*, entre muchas más. Por último, conviene recordar las publicaciones satíricas muy populares como *El Bunyol*, *Pensat i Fet*, *La Traca* o *El tío Nelo*.

La información y la propaganda revolucionarias alcanzaban así la máxima expresión y la ciudad se llenaba de una rica oferta de ocio y espectáculos al alcance de los sectores más populares, como una realidad onírica donde la amenaza de la guerra se conjugaba con la euforia y el esparcimiento. Comercios, cafés, teatros de variedades, espectáculos deportivos (boxeo, pelota valenciana, fútbol...), ateneos y casinos dieron a la ciudad un talante lúdico, de vida fácil y diversión, que contribuyó a relajar las costumbres y las rígidas censuras de la moral tradicional. Proliferaron los cabarets y los burdeles, y las enfermedades venéreas crecieron espectacularmente hasta convertirse en preocupación principal de autoridades sanitarias, que incrementaron la propaganda sanitaria y crearon iniciativas como los *liberatorios de prostitución* ideados por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social dirigido por Federica Montseny, para ayudar a las prostitutas a reinsertarse socialmente. La alimentación, los cuidados a la infancia y la prevención de enfermedades venéreas fueron foco de acción sanitaria preferente durante aquellos años.

A finales de 1936 todavía el abastecimiento de víveres y productos de primera necesidad era suficiente, aunque comenzaba a escasear el azúcar y se presentía la inminente

Edificio Alonso, en el chaflán de las calles Xàtiva y San Vicente. Arquitecto: Luis Albert



penuria que habría de azotar a la población en lo sucesivo. La escasez de alimentos y productos de primera necesidad se convirtió en uno de los primeros factores de desestabilización. Las autoridades iniciaron una campaña de concienciación ante la previsible escasez, pero se mostraban incapaces de frenar la euforia revolucionaria, las incautaciones legales e ilegales y los negocios al margen de la ley. Los precios empezaron a escapar a todo control y se fue extendiendo la economía del estraperlo. Un segundo factor de crisis y deterioro social fue la llegada masiva, desde finales de 1936, de refugiados y fugitivos desde otros lugares, especialmente de Madrid y sus alrededores. Aunque, según el testimonio de Ricard Blasco, los datos oficiales del padrón expresan un crecimiento moderado de la población entre 1935 y finales de 1936 –en torno al 5%–, con toda seguridad los datos estadísticos son inexactos y no reflejan la llegada masiva de refugiados, como tampoco el espectacular aumento demográfico que representó para la ciudad el traslado del gobierno republicano en noviembre de 1936, no sólo con diputados y altos cargos, sino también con funcionarios, familiares y personal vinculado a los servicios centrales del ejército y todo un séquito de periodistas, artistas, comerciantes, profesionales e intelectuales. Algunas aproximaciones históricas más creíbles proponen en torno a un 30% de aumento de población de la ciudad de Valencia a finales de 1936, lo que, sin duda, debió reportar consecuencias inmediatas: aumento de precios de las viviendas y los alimentos, saturación del transporte y los espacios públicos y privados, deterioro de las condiciones sanitarias y una ebullición sin precedentes de la actividad pública y la vida cultural y social en las calles. Todo ello alteró las condiciones de vida tradicionales, las costumbres de los valencianos y provocó en la ciudad una metamorfosis social y cultural sin precedentes.

Tras el golpe militar de julio de 1936 se organizó la ya mencionada Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura de Valencia (AIDCV), comprometida con la legalidad republicana y continuadora de las iniciativas y acuerdos aprobados en el I Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, que se había celebrado en París en junio de 1935. En agosto de 1936 la AIDCV publicó un manifiesto de adhesión al gobierno de la República firmado por treinta y tres intelectuales. Su presidente era el catedrático de Derecho de la Universidad de Valencia, José María Ots y Capdequí y el secretario era Marcelo Jover, redactor jefe del periódico *Verdad*. La Alianza se organizó en torno a cuatro secciones dedicadas a la literatura, la música, las publicaciones y las artes plásticas, incluyendo ésta últimas talleres de arte popular, propaganda gráfica, agitación y propaganda y bocetos. La nómina de asociados era muy extensa, e incluía a Max Aub, Antonio y Manuela Ballester, Ricard Blasco, Bernat Clariana, Ángel Gaos, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Emili Gómez Nadal, Rafael Pérez Contel, Josep Renau, o Carles Salvador, por citar a algunos de los más conocidos.

Durante los años de la guerra, la AIDCV desarrolló una extensa labor de agitación y propaganda, promoviendo actos públicos, editando folletos para los combatientes, organizando exposiciones para financiar a las milicias populares y colaborando con otras iniciativas, como las misiones populares, que pretendían desplazarse a zonas rurales para llevar la cultura a los pueblos. A pesar de los escasos recursos, la Alianza mantuvo una actividad infatigable. Como ha analizado Manuel Aznar Soler en su trabajo sobre *L'Aliança d'Intel·lectuals per a Defensa de la Cultura de València, la Casa de la Cultura i el II Congrés Intrnacional d'Escritors*, la sección de literatura participó en numerosos

actos públicos y programas de radio, en publicaciones como *El Buque Rojo*, *Hora de España*, *Nueva Cultura* o *Ataque*, y promovió reportajes y obras de teatro de carácter popular. La sección de música imprimió y difundió canciones revolucionarias y organizó ciclos musicales sobre la URSS y México. La sección de publicaciones editó un *Manual del miliciano* y diversas adaptaciones de *Nueva Cultura* para los campesinos y combatientes, romances y dibujos de guerra, entre otras muchas obras literarias y ensayísticas de sus asociados. Sin embargo, fue seguramente la sección de artes plásticas la que, por razones obvias, desarrolló una campaña más espectacular. Dibujos, carteles, exposiciones, caricaturas, diseño gráfico de folletos y revistas o incluso de la tribuna de agitación que se construyó frente al Ayuntamiento de la ciudad.

Al transformarse la Diputación en Consejo Provincial Valenciano, se creó una consejería de cultura, que fue encomendada el 7 de enero de 1937 a Francesc Bosch Morata, dirigente del Partit Valencianista d'Esquerra, quien ostentó el cargo hasta el traslado del gobierno a Barcelona. Aunque la situación no permitía al consejero articular grandes proyectos y la capacidad financiera era muy limitada, Bosch impulsó algunas iniciativas como la creación del Institut d'Estudis Valencians, un organismo académico y de impulso a la cultura propia, que imitaba el modelo catalán. Francesc Pérez Moragón ha explicado que el IEV disponía de cuatro secciones dedicadas a historia-arqueología, filología, ciencias y estudios económicos, cuyo programa de actividades se vio profundamente alterado por la situación bélica. El Instituto estuvo presidido por el rector Puche y contaba entre sus miembros con los más reconocidos representantes de la cultura, el arte y las ciencias valencianas, entre los que se encontraban Carles Salvador, Manuel Sanchis Guarner o Emili Gómez Nadal. Desde su fundación se preveía la creación de un Museo de Prehistoria y una Biblioteca Valenciana, pero su efímera duración apenas permitió grandes logros. Se publicaron folletos divulgativos sobre ciencia, historia y arqueología, obras de ortografía y gramática valencianas y otras de contenido literario o filosófico. No obstante, el impulso del valencianismo durante los años de la guerra fue más bien escaso y la derrota republicana acabó, como es sabido, por conducirlo a la clandestinidad.



Edificio Roig Vives, en la calle Xàtiva.
Arquitecto: Javier Goerlich

El gobierno republicano se traslada a Valencia

En noviembre de 1936, la ciudad de Valencia había pasado de la tensión que sucedió al golpe de julio y la posterior euforia revolucionaria a transformarse de repente en capital de la República. Una ciudad desbordada por las transformaciones excepcionales, compleja y contradictoria, en la que coexistían las autoridades locales y el CEP con el gobierno del Estado. El escritor y reportero de guerra soviético Ilya Ehrenburg calificó el súbito proceso que llevó a Valencia a la capitalidad del Estado de «artificial e inverosímil». Hubo que habilitar de improviso espacios institucionales. Inicialmente el palacio de Benicarló albergó la Presidencia del Gobierno y el Ministerio de la Guerra; la Audiencia acogió el Ministerio de

Justicia; la Universidad fue la sede del Ministerio de Instrucción Pública; Correos acogió el de Comunicaciones y la Cámara Oficial el de Comercio. Posteriormente se ocuparon edificios de la calle Caballeros, de la calle de la Paz, el Palacio de Ripalda y la Caja de Previsión Social. También se instalaron en palacios abandonados o incautados a la aristocracia o grandes propietarios, que habían padecido las consecuencias de la reacción contra la revuelta militar, que derivaron a la persecución, la cárcel o la huida. El Ministerio de Estado se instaló en el palacio del marqués de Caro, el de Gobernación en el del barón de Llaurí, el de Sanidad y Asistencia Social en el de Berbedel, el de Agricultura en el de Trénor, el de la Marina en Can Galindo, el de Hacienda en Can Moróder y a su lado el de Obras Públicas, mientras que el de Propaganda se instalaba en el edificio de la Caja de Ahorros.

Tras la llegada masiva del gobierno la atmósfera de la ciudad se transformó radicalmente. Poco a poco se diluyó la impunidad de milicianos autónomos y francotiradores descontrolados, que paulatinamente fueron reduciendo su capacidad de acción hostigados por las fuerzas del orden leales al gobierno. Reaparecieron en las calles las corbatas, los sombreros y los símbolos de la burguesía, mientras mujeres y niños volvían a pasear tranquilamente por las alamedas y grandes vías; se reanudaban los conciertos semanales de la Filarmónica y los hoteles más lujosos y los cafés se llenaban de intelectuales y artistas, la mayoría de ellos procedentes de Madrid. El Hotel Palace, situado en la calle la Paz número 42, se convirtió en la Casa de la Cultura, desde donde se promovió una intensa actividad artística y cultural, con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública. Allí se instalaron la mayoría de los intelectuales, científicos y artistas que llegaron a Valencia con el gobierno. Entre ellos se encontraban Aurelio Arteta, José Capuz, Alberto Chalmeta, Arturo Duperier, León Felipe, Gonzalo Rodríguez Lafora, Antonio Machado, Antonio Madinaveitia, Manuel Márquez, Enrique Moles, José Moreno Villa, Tomás Navarro Tomás, Miguel Prados Duch, Pío del Río Ortega, José Miguel Sacristán, y otros muchos que colaboraron con los ministerios de Instrucción Pública y Propaganda para convertir Valencia en un escenario insólito y sin precedentes de fervor cultural y científico. Nada más llegar, el colectivo de científicos, intelectuales y artistas fundó, como órgano de expresión, la revista *Madrid. Cuadernos de Casa de la Cultura*. El primer número de la revista apareció en Valencia en febrero de 1937.

En la portada de su libro *Arte en peligro, 1936-1939* (Valencia, 1980), Josep Renau afirma que «De noviembre de 1936 a marzo de 1938, cuando la Ciudad de Valencia fue capital de la República, la mayor y mejor parte del Tesoro Artístico e Histórico del Estado Español fue albergada aquí». La preocupación del gobierno republicano por la salvaguarda del tesoro artístico se manifestó apenas unas semanas después de iniciarse la insurrección militar. Vicente Aguilera Cerni en su trabajo sobre «*Cuitas y glorias del tesoro artístico*» (Valencia, 1986) se hacía eco de un decreto del gobierno republicano reconociendo que «habiendo sido ocupados distintos palacios en los que se encierra una riqueza artística e histórica de extraordinario valor, debe procederse sin pérdida de tiempo a la intervención de ella, trasladándola en caso necesario a lugares que permitan no sólo su instalación adecuada, sino su conocimiento por el pueblo para su mayor educación y cultura.»

Para asegurar ese objetivo, la Dirección General de Bellas Artes nombró una Junta formada por Ricardo Gutiérrez Abascal, Manuel Sánchez Arcas, Luis Quintanilla, Arturo Serrano Plaja, Carlos Montilla, Emiliano Barral y José Bergamín, que recibió plenos pode-

res para incautar o conservar en nombre del Estado las obras y otros objetos de interés artístico, histórico o bibliográfico, que pudieran sufrir deterioro debido al conflicto bélico y la inseguridad ciudadana. La aventura más espectacular consistió en el traslado a Valencia de la parte más importante del tesoro artístico de la capital. Cuenta Renau en su libro que «... el 10 [de noviembre] partía el primer envío. Entre el 14 y el 25, la aviación enemiga bombardeaba el Museo del Prado, el Palacio de Liria, la Biblioteca Nacional, la Academia de San Fernando... El Palacio de Liria era el único edificio que no se había vaciado y fue pasto de las llamas. Pero las milicias del Quinto Regimiento, que asumían la custodia del edificio, lograron evacuar todas las obras y objetos de valor.»

Los expertos seleccionaron entonces las obras que incuestionablemente convenía preservar, y fueron embaladas y trasladadas en camiones hasta Valencia. Milicianos, estudiantes, artistas y ciudadanos anónimos colaboraron en esa inaudita tarea. Las Torres de Serranos y el Colegio del Patriarca fueron el refugio del tesoro artístico, que principalmente procedía del Museo del Prado. Casi dos años después, antes de que las tropas sublevadas llegaran al Mediterráneo, las obras de arte emprendieron viaje hasta Ginebra, donde recibieron custodia antes de ser devueltas a España tras la guerra.

La guerra no fue obstáculo para conservar e incluso ampliar las iniciativas pedagógicas. El 21 de noviembre de 1936 el gobierno publicó el decreto de creación de los institutos obreros destinados a impartir un bachillerato abreviado de dos años y cuatro cursos semestrales a trabajadores de 15 a 35 años. Su objetivo era extender la enseñanza superior a todas las capas de la sociedad e instruir a los que no habían sido movilizados para que ocupasen los puestos que habían quedado vacantes por los que se incorporaban al frente. El primero en fundarse fue el de Valencia en noviembre de 1936, junto al Instituto Escuela, en la Gran Vía Ramón y Cajal. Según el testimonio de J. M. Fernández Soria, después se crearon otros institutos obreros en Sabadell, Madrid y Barcelona.

Por otra parte, Cultura Popular llevó a cabo una memorable tarea de alfabetización e iniciación a la lectura entre soldados y milicianos, que incluyó también la creación de varias librerías. Los libros se convirtieron en un apoyo indispensable cuando los heridos empezaron a abarrotar los hospitales. Entonces Cultura Popular organizó servicios de lectura en los frentes de guerra y en los hospitales. Madrid acogió un gran centro de recepción y catalogación de libros, que fue el origen de las remesas de lotes de 120 libros que se distribuyeron entre las guarderías y las colonias infantiles, en los hospitales, cuarteles, y otros centros cívicos y políticos. La operación alcanzó tal envergadura que en febrero de 1937 tuvo que crearse un segundo centro de coordinación en Valencia. En julio de 1937 el centro valenciano había repartido casi cuarenta mil libros a 317 bibliotecas, y esa actividad se incrementó aún más en los meses siguientes.

El Ministerio de Instrucción Pública creó también las *milicias de la cultura* organizando un cuerpo de maestros e instructores voluntarios para formar a los combatientes. El

Edificio Tortosa- Martínez Salas, calles Universidad / Barcelona / la Nau.
Arquitecto: Luis Arbert



entusiasmo contrarrestaba las penosas condiciones de trabajo. Hacían uso de una *cartilla escolar antifascista*, enseñaban a escribir, aportaban libros y revistas y organizaban escuelas y bibliotecas. El acceso a la cultura siguió siendo un instrumento de combate fundamental contra el fascismo durante toda la guerra. En agosto de 1938 se habían creado más de dos mil escuelas y casi dos mil quinientas bibliotecas, se habían editado 4.200 periódicos murales y se impartían clases individuales y colectivas a doscientos mil soldados, la mitad de los cuales fueron así alfabetizados. Las milicias de la cultura promovieron periódicos y murales, y no sólo desempeñaron una encomiable labor en la alfabetización de ese 60% de soldados que eran analfabetos, sino que también generaron solidaridad y valores positivos en torno al conocimiento y la cultura. Una orientación similar tuvieron los *clubes de educación en el ejército*, promovidos por la JSU, así como las *brigadas volantes de lucha contra el analfabetismo en la retaguardia*. La educación como arma política tuvo posiblemente su máxima expresión entre los anarquistas. Los ateneos libertarios llevaron a cabo una exhaustiva labor educativa entre los niños a través de los ateneos libertarios y de alfabetización de las mujeres a través de la Agrupación de Mujeres Libres, sin olvidar la ingente labor educativa llevada a cabo por las colectividades, en cuyo seno aparecieron escuelas y otras iniciativas como la Universidad Agrícola o Campesina de Moncada (Valencia) o la Escuela Profesional de Artes y Oficios de Elda.

Desde los acontecimientos de julio del 36 una marea de carteles inundaba la ciudad, pero la llegada del Ministerio de Propaganda todavía acentuó más el abrumador atrezzo de la ciudad. El Ministerio de Instrucción Pública construyó en la plaza principal de la ciudad –entonces de Emilio Castelar– una tribuna de agitación que inauguraron intervenciones de León Felipe y Antonio Machado, al tiempo que se iniciaban en el Rialto ciclos de cine soviético. La actividad teatral ya se había restablecido en septiembre de 1936 con el debut de la compañía valenciana de Vicent Mauri, que estrenó *Els fills del poble* y *València a palpes* en el *Nostre Teatre*, con gran éxito que mantuvo la obra en cartel durante más de un centenar de representaciones.

Durante el año 1937 las manifestaciones culturales públicas seguían en Valencia un ritmo trepidante. Había que mantener alta la moral y el entusiasmo frente al enemigo fascista, y el Ministerio de Propaganda organizó en el Teatro Olympia un acto público con la colaboración de la AIDCV, en el que intervino el propio ministro, Carlos Esplá, Ilya Ehrenburg, Ángel Gaos y los escritores franceses René Bloch y Tristan Tzara. La AIDCV promovió la publicación de revistas como *El Buque Rojo*, a cargo de Arturo Souto, Miguel Prieto, Rodríguez Luna, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Rafael Dieste y Antonio Sánchez Barbudo. *El Buque Rojo* cambió en enero de 1937 por *Hora de España*. El 24 de diciembre Ots y Capdequí, Gil-Albert y el rector Puche se dirigieron a los ciudadanos desde la tribuna que el Ministerio de Instrucción Pública había instalado en la plaza de Emilio Castelar, y en enero se inauguró en la sede de la Universidad una exposición sobre el libro antifascista.

Pero, sin duda, el acontecimiento cultural más relevante de la Valencia de 1937 fue la celebración del II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura. Fue inaugurado el 4 de julio por Juan Negrín, presidente del Gobierno, en la sala de sesiones del Ayuntamiento de la ciudad. Asistieron un centenar de escritores españoles y extranjeros entre los que se encontraban André Malraux, Octavio Paz, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, César Vallejo, Pablo Neruda, José Bergamín y Antonio Machado. Hubo ponencias

colectivas y delegaciones nacionales de Cataluña y el País Valenciano, y representaciones de la Asociación Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, con sede en París. Escritores, científicos e intelectuales como Antonio Gramsci, Albert Einstein, John dos Passos, Thomas Mann o Rabindranath Tagore realizaron declaraciones públicas de solidaridad con el congreso. El II Congreso Internacional de Escritores fue organizado por la Alianza de Intelectuales y el Ministerio de Instrucción Pública. Tuvo varias sedes. Celebró sesiones los días 4 y 10 de julio en Valencia, los días 5 a 8 en Madrid y el 11 en Barcelona, teniendo continuación en París los días 16 y 17 de julio.

En Valencia, las actividades del congreso se acompañaron de exposiciones de artistas valencianos en la Universidad, otras sobre grabados mexicanos, los tesoros del palacio de Liria, las fallas en la Lonja, o periódicos murales, libros antifascistas y de guerra, entre otras. El congreso se articuló en torno a las siguientes cuestiones: la función social del escritor; la dignidad del pensamiento; el individuo; nación y cultura; el humanismo; problemas de la cultura española; la herencia cultural; la creación literaria; las relaciones inter-culturales y la ayuda internacional a los escritores republicanos españoles. En representación de la delegación valenciana, Carles Salvador reivindicó ante los congresistas que la mejor defensa de la cultura pasa por respetar los intereses culturales y la identidad de las pequeñas nacionalidades. La resolución final del II Congreso Internacional de Escritores explicitó el compromiso por la defensa de la dignidad humana, de la cultura y de un nuevo humanismo social frente a la barbarie fascista, y una declaración de solidaridad con la República Española.

Contrastaba la explosión demográfica y el esplendor mundano y cultural de la ciudad de Valencia a lo largo de 1937 con la crítica situación de otras ciudades como el mismo Madrid asediado. Pero la capitalidad aportó también elementos de conflicto, reforzó los ataques navales y convirtió a Valencia en blanco preferente de los bombardeos franquistas. Como es bien conocido, en octubre de 1937 el gobierno de la República decidió fijar su nueva sede en Barcelona. Ilya Ehrenburg pasó por Valencia un mes después de la salida del gobierno y dio testimonio de la calma que había regresado a la plácida ciudad de provincia. La nueva situación generada tras la salida del gobierno, la administración del Estado y todo su séquito, trasladó a Valencia a la difícil realidad de 1938. Una realidad donde la escasez, los bombardeos y el asedio de las tropas fascistas hizo cada vez más difícil la pacífica convivencia y puso ante los ojos de la ciudad el trágico desenlace, que se consumaría en los primeros meses de 1939. Las luces de la ciudad se apagaron por mucho tiempo ■

Edificio Llopis, calle San Vicente.
Arquitecto: Ricardo Roso

